

Dalinda.—(*delirante de alegría*)

Vamos presto
A que vean el prodigio.

exunt.

ESCENA VI

Reinaldo y Calisto

Reinaldo.—(*por Jacinto*)

¿Dónde estará? No lo sé;
Y él ¿conoce ya tus penas?

Calisto.—Sí; me vió, sonrió apenas,
Me oyó callado y se fué.

Reinaldo.—También él anda embebido
Con la leyenda siniestra.

(*señalándole la cresta*)

¿Pero, y esa obra maestra,
Díme, al fin, cómo ha venido?

Calisto.—(*cubriéndose la cara con las manos*)

¡Ah, don Reinaldo!

ESCENA VII

Jacinto.—(*apareciendo por la derecha*)

¿Qué pasa?

Reinaldo.—El gran Calisto protesta
Del destino.

Jacinto.— Están de fiesta

(*sentándose en una piedra*)

Las mujeres en la casa.
Pues aunque parezca absurdo,
Salió verdad la conseja
Que ha enredado en su madeja
Tanto lírico palurdo.

Reinaldo.—¿Cómo! ¿Verdad?

Jacinto.— Y evidente.

Hace un rato, aquí, mi hermana
Ha sacado, con Graciana,
Vivo al numen de la fuente.

Reinaldo.—(*con displicente incredulidad*)

¡Hombre, inventa algo mejor!

Jacinto.—No; no; prodigio redondo:
Es un duendecillo blondo...

Calisto.—(*que se ha aproximado para oír*)

¡Cómo! ¡Si es hembra, señor!

Jacinto.—(*tristemente*) ¡Tal creí yo!...

Reinaldo.—(*con vivo interés*)

Aunque palpito
Broma pesada, allá corro.

Calisto.—Y yo á implorar su socorro

(*se toca la cresta*)

Contra este... órgano maldito.

Reinaldo.—¿Pero qué raras escenas!

Jacinto.—¡ Ah! Graciana preguntó
Por ti...

Reinaldo.—(un tanto cohibido)

Gracias. ¿ Vienes?...

Jacinto.— No,

(con intención levemente irónica)

Me quedo aquí á ahogar mis penas.

(exeunt Reinaldo y Calisto).

ESCENA VIII

Jacinto.—¡ Uff! (con evidente satisfacción de hallarse solo y paseando una mirada distraída por los ramajes).

(Pausa).

Levántase luego, da dos ó tres pasos, mon-
dándose las uñas. Guarda luego cuidadosa-
mente el cortaplumas. Llega tarareando como
distráido al borde de la fuente. La contempla
un momento. Luego, con decisión:

Es realmente insufrible

(palpándose el corazón)

Este dolorcillo aquí.

(Inclinase sobre el borde de la fuente preci-
pitándose dentro).

ESCENA IX

Dorotea.—(desde el fondo de la escena á la cual llega jadeante):

¡ Ya me parecía á mí!

¡ Qué desgracia tan terrible!

(Mientras cae el telón, llega á tiempo para
asir á Jacinto de una pierna).

CUADRO CUARTO

ESCENA I

En casa de Graciana. Una mesa rústica dispuesta
paralelamente al hueco del fondo en el cual hay un pos-
tigo cerrado. En la cabecera de la derecha, Dalinda
y el duende, sentados, en muda contemplación de amor.
Apartados á la izquierda, en coloquio íntimo, Gracia-
na y Reinaldo. Puerta única, á la derecha. La luz irá
bajando paulatinamente.

Calisto.—(entra cariacontecido, con una cesta de fru-
tas que coloca sobre la mesa. Luego, dirigién-
dose al duende, suplicante)

Todo buen genio...

Dalinda.—(fastidiada) ¡ Otra vez!

Calisto.—(suplicante)

Señorita, por favor
Compadezca mi dolor.

Dalinda.—Bien, habla; ¡ qué pesadez!

Calisto.—(al duende)

Yo á este lindo genio le hablo
En busca de mi perdón
Que su tierno corazón
No negará á un pobre diablo.

(á *Dalinda*)

Y á su intercesión acudo
Señorita, ¡ sea buena!

Dalinda.—Sí, me apiado de tu pena;
Pero el lindo genio es mudo.

(*Graciana y Reinaldo se aproximan lentamente*).

Calisto.—¡ Mudo!

Dalinda.— Así es que tu homenaje
No obtendrá contestación.
Su reciente encarnación
Aún carece de lenguaje.

Calisto.—Tal vez será que lo finge.
(á *Reinaldo*) ¡ Verdad, señor?...

Reinaldo.— Aunque todo

Entiende, no halla acomodo
La palabra en su laringe.

Dalinda.—No es para seres divinos
Ese grosero aparato.

Calisto.—Pero creo que en un rato
Sabrán ponerse ladinos.

Graciana.—(maligna)

No sé por qué creo yo
Que el genio es poco benigno.

Calisto.—(suplicante)

¡ Oh buen genio, hágame un signo!

(*el duende hace que no con la cabeza*).

Dalinda.—¡ Has visto?

Reinaldo.—(risueño) Dice que no.

Calisto.—(desesperado)

¡ No me queda más que el beso
De la doncella!

(*el duende hace que sí con la cabeza*).

Graciana.— ¡ Sin duda!

Calisto.—¡ Pero es posible que acuda
A nadie con este exceso?

(á *Graciana*, tendiéndole los labios)

¡ Sé buena un instante! ¡ Cuesta
Tan poco abolir mi mal!
¡ Deja!

Graciana.—(negándose indignada)

¡ Vean al jastial!

Reinaldo.—(rechazándole fastidiado)

¡ Vete al diablo con tu cresta!

Calisto.—(desolado)

¡ Dios mío, y á quién consagro
Mis ridículos dolores!

ESCENA II

Entra Dorotea presurosa y palmoteando

Dorotea.—¡ Triunfo del amor, señores!
¡ Ya está completo el milagro!

(Todos se agrupan en torno suyo, mientras ella señala la puerta).

ESCENA III

Entran Jacinto y el hada que corre á abrazarse con el duende. Dalinda hace lo propio con su hermano. Dorotea habla en voz baja con Calisto, intentando consolarle.

Dalinda.—¡ Ay, hermano, qué infinito
De dicha!

Jacinto.— Y es lo estupendo,
Que yo mismo aun no comprendo
Mi caso.

Reinaldo.— ¡ Te felicito!

(El duende y el hada vuelven respectivamente al lado de Dalinda y de Jacinto. Dorotea con ellos).

Jacinto.—*(con intención)*

Todos tenemos de qué
Felicitarnos hoy día.

Calisto.—*(lúgubre)* ¡ Menos yo!

Dalinda.— Sí, ¡ qué alegría!

(á Jacinto y Dorotea)

Pero, digan, ¡ cómo fué?

Dorotea.—Yo iba llegando á la fuente
A tiempo que...

Jacinto.—*(presuroso)* dando un mal
Paso, caí yo al fatal
Abismo...

Reinaldo.—*(riendo)* ...oportunamente.

Jacinto.—Verdad es. ¡ Feliz percance!

Dorotea.—¡ Las hemos pasado buenas!
El caso es que llegué apenas
A tiempo de darle alcance.
Logro asirle de una pierna,
Y tira que tira luego,
Siento, al fin, que le despego
De la maldita caverna.
Pero cuando sale al fin,
Por poco me vuelvo loca,
Al ver pegado á su boca
Tal pichón de serafín.

Jacinto.—Sí; mi beso fué el anzuelo
Con que á riesgo de la vida,
La pesqué en su honda guarida
Al impulso de mi anhelo.

(el hada asiente sonriendo).

Graciana.—El fatal beso de amor
Que previene la leyenda.

Dalinda.—*(á Graciana, con intención)*

¡ Ya van dos!

Calisto.—*(suplicando ante el hada)*

Señora duenda
Perdone á su servidor.

Yo también, un tanto absorto,
Chapucé en aquella roca,
Pero no alcancé su boca

(*midiéndose con Jacinto*)

Por ser un poco más corto.
Cuanto podía me hundi
Hará poco más de una hora,
De modo que usted, señora,
Debe acordarse de mí.
Pero caído en su red,
Para perpetuo bochorno,
Saqué tan sólo este... adorno

(*tocándose la cresta*)

Contra el cual suplico á usted.
Disipe la horrible duda
Que injustamente me labra,
Diga una sola palabra...

Jacinto.—No la dirá, porque es muda.

Calisto.—(*desolado*)

¿Muda también? Pero empieza
A comprender, según creo.
(*al hada*) Satisfaga mi deseo
Con un signo de cabeza.

(*el hada hace que no*).

Dalinda.—No hay más que el beso; el detalle
Fatal, que agrava tu pena.

Calisto.—(*al hada*)

Entonces sea usted buena
Y tire un beso á la calle.
¡Hágalo por caridad!...
¡Como quien pasa una droga!

(*el hada hace un mohín de disgusto y corre á ponerse entre la mesa y la pared. Jacinto la sigue*).

Jacinto.—(*severo*) Este necio no se ahoga
En poca agua, á la verdad.
¡Cállate!

Reinaldo.—(*á Graciana*) ¡Extraña leyenda!
¡Lo que puede producir!

Dalinda.—(*á Calisto*) Ocúpate de servir
Las frutas de la merienda.

(*El hada y Jacinto, Dalinda y el duende, siéntanse en parejas con la espalda apoyada al muro. Al frente y á la izquierda, Graciana y Reinaldo. Calisto y Dorotea sirven las frutas que aquellos van gustando lentamente con enamorados mimos. La pastora y el poeta lo hacen ocultándose de Dorotea*).

Calisto.—(*á Dalinda*) Señorita, aunque en mí arguya
El respeto más profundo,
Toda mi esperanza fundo
En una limosna suya.

Dorotea.—Habrá que poner aldaba
Al verbo de este muchacho.

Calisto.—(*afligido*) Si tuviera este penacho,
Vería usted cómo hablaba.
(*á Dalinda*) ¡Uno tan sólo!...

Dalinda.— ¡Qué idea!

¡Pues no me pides un beso?

Calisto.—¡Sí, señorita, eso es, eso!

Dalinda.—(*riendo*) Pídeselo á Dorotea.
Ella es la única vacante...

(*Calisto se endereza, encontrándose de manos á boca con Dorotea. Ambos giran rápidamente dándose la espalda*).

Calisto.—No; prefiero mi adminículo.

Dorotea.—¿Qué se creará el ridículo?
Calisto.—(burlón) Mil gracias... ¡mamá!
Dorotea.— ¡Tunante!

(Graciana aprovecha el incidente para dar á Reinaldo una cereza con los labios. Pausa. Los criados sirven nuevas frutas).

Jacinto.—(á Reinaldo) Si no estamos en los cielos
Cerca nos puso el amor.

Dorotea.—Creo que aun allá, señor,
No irán mal unos buñuelos.
Les tendré en un santiamén
La fritada calentita.
¿Esperarán, señorita?
Queda algún vino.

Dalinda.—(distráida) Está bien.

(Dorotea arregla los trastos de la fritada, dando la espalda á la mesa. Graciana da á Reinaldo otra cereza con la boca. Calisto, que lo advierte, escúrrese agazapado hasta ponerse detrás de ella; y cuando Reinaldo ofrece á su vez una fruta del mismo modo á la pastora, mete bruscamente la cabeza en el momento de ir ésta á cogerla, recibiendo su beso. La cresta se desprende acto continuo, y un sonoro cachete castiga su audacia).

Calisto.—(cubriéndose la cara con una mano, mientras con la otra se araña regocijado la cabeza).

¡Viva el amor!

Reinaldo.— ¡Tarambana!

Dalinda.—¡Insolente!

Graciana.— ¡Vil, ladrón!

Calisto.—¡Bendigo mi bofetón

Y viva el amor!

Dorotea.— ¡Graciana!

Calisto.—(á Dorotea) No hay en ello culpa alguna;
Es la leyenda funesta.

Reinaldo.—(á Jacinto) Así, pues, ya sólo resta
El percance de la luna.

Jacinto.—¿Qué percance?

Reinaldo.— Uno tremendo.

La leyenda en su final,
Pone un dilema fatal
De muerte y luna, diciendo:

Húyela, pasajero, que el imposible habita
En las pérdidas aguas de la fuente maldita.
Húyela pronto; de esto depende tu fortuna.
Ella implica un dilema con la muerte ó la luna.

(Pausa).

Dalinda.—¡Ay qué sofocante está!

Graciana.—¡Como se ha puesto de obscuro!

Jacinto.—Si es nuestro país futuro
La luna, vamos allá.

Reinaldo.—Eh, no tientes al destino...

Jacinto.—(exaltado) ¡A la luna fiel y oronda!
Ella es la Tabla Redonda
De los locos. ¡En camino!

(Abre bruscamente el postigo; pero en ese momento el muro se derrumba. Una masa de luz lunar cae sobre la choza, convirtiendo aquella brecha en un blanco y deslumbrador abismo. Reinaldo, Graciana, Calisto y Dorotea retroceden espantados, llevándose las manos á los ojos para resistir el esplendor, y cuando éste se disipa, el hada, el duende, Jacinto y Dalinda han desaparecido arrebatados á la luna, cuyo disco enorme ocupa su sitio de costumbre en el horizonte).

ESCENA IV

Reinaldo.—Pues salió verdad la broma.

Graciana.—(consternada) ¡ La señorita !

Dorotea.—(llorando) ¡ Infeliz !

Calisto.—¡ Atención ! Una nariz

(señalando la luna)

Allá en lo más blanco asoma.

(exaltándose)

¡ Sí, sí, don Jacinto ; es él !

Graciana.—(con sentenciosa displicencia y señalándole la cresta que yace por el suelo)

¡ Cuidado con otra cresta !

Dorotea.—¡ Esos espíritus !

Reinaldo.—(á Graciana) Esta

Sí que es la luna de miel.

Dorotea.—¡ Pero qué hacemos ?

Reinaldo.— Bien poco

Puede hacerse, por supuesto,

Dado que á quien hable de esto

Van á tomarle por loco.

Dorotea.—(á Graciana) ¡ Irse á la luna por arte

De magia ! ¡ qué horror ! ¡ comprendes ?

Reinaldo.—Amores de hadas y duendes

No conducen á otra parte.

Graciana.—A mí me da el corazón

Que por un nuevo suceso

Volverán al mundo.

Calisto.— Y eso

Bien vale otro bofetón.

Dorotea.—Quizá lo hicieron adrede.

¡ Ah mi pobre señorita !

Calisto.—¡ Bah ! desechemos la cuita

Y mientras eso sucede,

(á Reinaldo)

Como es mi convencimiento

Que el llanto nada remedia,

Señor, haga una comedia

Con esto por argumento.

Dorotea.—Mejor sería una endecha

Bien triste...

Graciana.— No, no, es mejor

La comedia... Sí, señor ;

Calisto.—Callando algo...

Reinaldo.— Ya está hecha.

Graciana y Calisto.—¡ Cómo !

Reinaldo.— ¡ Pero qué ha sido esto

Sino una comedia ?

Dorotea.— ¡ Una

Comedia !

Reinaldo.— Sí, que en la luna

Cierto colega ha compuesto.

Graciana.—¡ Y entiende algo de poesía ?

Reinaldo.—Ha tomado sus lecciones.

Graciana.—¡ Quién es ?

Reinaldo.— Leopoldo Lugones,

Doctor en lunología.

FIN

FRANCESCA

Conocíle en Forli, adonde había ido para visitar el famoso salón municipal decorado por Rafael.

Era un estudiante italiano, perfecto en su género. La conversación sobrevino á propósito de un dato sobre horarios de ferrocarril, que le pedí para trasladarme á Rímini, la estación inmediata; pues en mi programa de joven viajero, entraba, naturalmente, una visita á la patria de Francesca.

Con la más exquisita cortesía, pero también con una franqueza encomiable, me declaró que era pobre y me ofreció en venta un documento —del cual nunca había querido desprenderse,— un pergamino del siglo XIII, en el cual pretendía darse la verdadera historia del célebre episodio. Ni por miseria, ni por interés, habríase desprendido jamás del documento; pero creía tener conmigo deberes «de confraternidad», y, además, le era simpático. Mi fervor por la antigua heroína, que él compartía con mayor fuego

ciertamente, entraba también por mucho en la transacción.

Adquirí el palimpsesto sin gran entusiasmo, poco dado como soy á las investigaciones históricas; mas apenas lo tuve en mi poder, cambié de tal modo á su respecto, que la hora escasa concedida en mi itinerario para salvar los cuarenta kilómetros medianeros entre Forli y Rimini, se transformó en una semana entera. Quiero decir que permanecí siete días en Forli.

La lectura del documento habría sido en extremo difícil sin la ayuda de mi amigo fortuito; pero éste se lo sabía de memoria, casi como una tradición de familia, pues pertenecía á la suya desde una remota antigüedad.

Cuanta duda pudo caberme sobre la autenticidad de aquel pergamino, quedó desvanecida ante su minuciosa inspección. Esto fué lo que me tomó más tiempo.

El documento está en latín, caligrafiado con esas bellas y fuertes góticas tan características del siglo XIII; y que, no obstante un avanzado deterioro, son bastante legibles, gracias á la cabal individualización de cada letra en el encadenamiento de los renglones, y á la anchura de los espacios intermedios entre éstos. Hasta se halla legalizado por un *signum tabellionis*, ciertamente muy complicado con sus nueve lazadas, y perteneciente al notario Balzarino de Cervis. Su data es el 12 de junio de 1292.

Si descifrar las letras no era del todo fácil, la lectura del texto resultaba pesadísima, por las

innumerables abreviaturas y signos convencionales, que habrían hecho indispensable la colaboración de un paleógrafo, á no encontrarse allí su antiguo dueño como una clave tradicional; pero esas mismas abreviaturas y signos, eran preciosos, por otra parte, como pruebas de autenticidad.

Había entre ellos datos concluyentes. La *o* atravesada por una línea oblicua que baja de derecha á izquierda, significando *cum*, signo peculiar de los últimos años del siglo XIII al comienzo del cual, así como en los anteriores y en los sucesivos, tuvo otras formas; el 2, coronado por una *b* á manera de exponente algebraico (2^b) significando *duabus*, y agregando con su presencia un dato más, puesto que las cifras arábigas no se generalizaron en Europa hasta el siglo XIII; el 7, representado por una *A* sin travesaño, como para marcar dicha transición; la palabra *corpus* abreviada en su primera sílaba y coronada por un 9 (cor^9) y el vocablo *fratribus* abreviado en *ftbz* con un *a* superpuesta á la *f* y una *i* á la *t*; amén de diversos signos que omito. No quiero olvidar, sin embargo, las iniciales de la heroína, aquella *F* y aquella *R* tan características también en su parecido con las PP manuscritas de nuestra caligrafía, salvo el travesaño que las corta.

Existen, además, en la margen del texto, á manera de apostilla, dos escudos: uno en forma de ancha almendra, característico también del siglo XIII y el otro romboidal, es decir, bla-

són de dama, salvo excepciones rarísimas como las de algunos Visconti; pero los Visconti eran lombardos, y en la época de mi documento, recién conquistaban la soberanía milanesa. Además, los blasones en cuestión, se hallan acolados, lo que indica unión conyugal. Desgraciadamente, su campo no conserva sino partículas informes de las piezas y colores heráldicos.

Lo que dice el documento es imposible de ser traducido sin desventaja para el lector, pues su rudo latín perjudica, desde luego, al interés con su retórica curial, sin contar la sequedad del concepto. Haré, en consecuencia, una traducción tan libre como me plazca, poniendo el original á disposición de los escrupulosos, con cuyo fin lo he depositado en nuestra Biblioteca Nacional, donde puede verse á las horas de práctica.

Comienza en estos términos que, como se verá, contradicen al Dante, á Boccaccio y al falso Boccaccio, quienes coinciden en afirmar la consumación del adulterio.

Jamás hubo otra relación que una «exaltada amistad» entre Paolo y Francesca. Aun sus manos estuvieron exentas de culpa, y sus labios no tuvieron otra que la de estremecerse y palidecer en la dulce angustia de la pasión inconfesa.

El autor dice haber tenido esta confianza del marido mismo, cuyo amigo afirma que fué.

Francesca tenía dieciséis años (la historia es conocida) cuando la desposaron con Giovanni Malatesta, como certificación de la paz conclui-

da entre los Polenta de Rávena y los Malatesta de Rímimi.

El esposo, contrahecho y feo, envió á su hermano Paolo para que se casara por poder suyo, no atreviéndose á presentarse en persona ante la joven, en previsión de un desengaño fatal y del rechazo consiguiente.

Hallábase Francesca en una ventana del palacio solariego, cuando entró al patio de honor la cabalgata nupcial; y una dama de su séquito, equivocada también, ó sobornada quizá por el futuro esposo, señalóle á Paolo como al que iba á ser su efectivo dueño.

De este error provino la tragedia.

Paolo era bello y joven; culto en letras, tanto como valeroso caballero; cortés hasta el rendimiento y alegre hasta la jovialidad; todo lo contrario de su hermano, cuya sombría astucia rayaba en crueldad, y cuya desgracia física había dado en el torvo pesimismo que es patrimonio de los contrahechos con talento.

La joven se desposó, así engañada; y conducida que fué al castillo conyugal, el esposo verdadero pasó con ella la primera noche sin dejarse ver, pues había entrado á la alcoba en la obscuridad.

Creía que, consumado el matrimonio, la altivez de la dama sería la mejor custodia de sus derechos de esposo, y no se equivocaba en ello, por cierto; pero el acto demuestra con claridad, así la violencia de sus pasiones, como el frío cálculo que en satisfacerlas ponía.

El desengaño del despertar fué horrible, como es fácil colegir, para la joven desposada; y tanto como engendró desprecio y odio hacia el tirano, que así abusara de su buena fe virginal, acreció hasta el amor la simpatía que por el otro había empezado á nacer.

¡ Cuánta y cuán atroz diferencia, en efecto, entre la curiosa ansiedad del breve noviazgo, satisfecha hasta el deleite con la presentación del falso prometido; el regocijado orgullo del desposorio, bajo la pompa religiosa y el esplendor mundano que parejamente realizaban la gallardía del caballero; y aquel despertar en los brazos del monstruo cuya primer mirada de esposo, aumentó ya con el ultraje de una desconfianza el cruel imperio de su fatalidad!

Uno, era todo recuerdos de dicha entrevista, de satisfacción juvenil, de belleza inmolada en ternuras; el otro, sólo tiranía del deber antipático, engaño innoble, fealdad cobarde.

No tenía más que un rasgo de grandeza, y era el miedo que inspiraba; miedo que en trailla con el deber, custodiaban su honra como dos mastines.

Francesca empezaba así á encontrar, en el fracaso de la dicha legítima, la dulzura prohibida del infierno.

En su torva primavera, que la rebelión de los cortos años no dejaba cubrirse con nieves de resignación, Paolo era el rayo de sol que recordaba, único, los marchitos pimpollos.

Alejado primero como un peligro, su discre-

ción había vencido las desconfianzas, hasta substituir con una fraternidad melancólica las repulSIONES del mal fingido desdén.

Francesca en su misantropía que la inclinaba á la soledad, después de todo grande en el castillo, no estaba á gusto sino con él; pero sólo se veían á la luz del sol, en tácito convenio de no encontrarse por la noche.

Giovanni, ocupado en estudios tácticos que— Dios nos libre—llenaban sus horas á medias con la magia, nada advertía al parecer; pero los jobados son tan celosos como perversos, y él, sabiendo que los jóvenes se amaban, divertíase en verlos padecer. Aquel peligroso juego le atraía como una emoción á la vez lancinante y deliciosa, por más que el fin estuviese previsto como una obra de su puñal.

Su horrendo beso cruzaba á veces, sugiriendo tentaciones, por entre aquella tortura de la dignidad y del amor, como un refinamiento del infierno; y eso llevaba diez años, esa perversidad, fortaleciéndose de tiempo y de sombra, como el vino.

Mientras se contuviesen, sentíase vengado por la tortura de su continencia; en caso contrario, era la muerte fatal, aquella muerte *caina* que el canto V del poema rememora, adjetivándola con el nombre del círculo infernal mencionado por el XXXII, como para mejor expresar su amargura única en lo anómalo del epíteto. Así habían pasado diez años.

Ultra heroismos y deberes, el amor hizo al

fin su obra. La misma sencillez de relaciones entre esposa y cuñado, creó una intimidad aun acrecida por la frecuencia de verse.

Paolo se ingeniaba de todos modos para hacer á aquella juventud más llevadera su clausura en castillo tan lóbrego; y su exquisita cortesía, tanto como su grave ternura, derretían hasta las heces el corazón de aquella mujer, en quien los refinamientos, todavía bizantinos de su ciudad natal, habían profundizado sensibilidades.

No alcanzaba á perder en la ruda prueba su gusto por las sederías suntuosas, por las joyas y el marfil; y es de creer que en su dulce molicie entrara no poco el espíritu de aquel legendario malvasía, que consolaba la decadencia de los Andrónicos, sus contemporáneos, inmortalizando la sombría pequeñez de la helénica Monembasia. Magias de Bizancio, que el viento conducía á través del Adriático familiar; filtros de Bizancio diluídos en su sangre antigua; pompas de Bizancio, aun coetáneas en el lujo y en el arte, predisponíanla ciertamente al amor; á aquel amor más deseado en lo extremo de su crueldad.

Paolo era diestro en componer enigmas, que el gusto de la época había elevado á un rango superior de literatura, empleándolos hasta en la correspondencia secreta y en las divisas del blasón. Su única falta consistía en usar, para los que componía á Francesca, el único doble tema de su hermosura y del amor.

Los primeros pasos fueron tímidos, disimulando la intención en la vaguedad. El pergamino

recuerda uno de aquellos juegos, cuya solución consistente en una palabra que tuviese sentido, recta ó inversamente leída, daba la solución en *legna-angel*.

Cita igualmente uno, al que llama «la cruz de amor,» así dispuesto:

ECATE
NEMEA
AMORE
FURIE
IMENE

O este otro, en palabras angulares, que pueden ser leídas lo mismo de izquierda á derecha, que de arriba á abajo, y en el cual se precisa más el balbuceo del amor:

AMAI
MIME
AMOR
IERI

O este último, del mismo carácter, y que el documento llama un enigma en V:

ANIME
AMARO
CUORE

Pero vengamos á la tragedia.

Habían llegado para Francesca los veintiséis años, la segunda primavera del amor, grave y ardorosa como un estío. Su decenio de padecer, clamaba por una hora de dicha; y en la tristeza